

La paz de Cristo en el Nuevo Testamento¹

I

La suma y conjunto de todos los bienes, que los escritores del Antiguo Testamento predicen para la época mesiánica, se cifra en una sola palabra: *la paz*²; y en los albores mismos del Nuevo, Zacarías, lleno del Espíritu Santo, describe en su maravilloso cántico eucarístico al poderoso vencedor de los enemigos del género humano, reflejo de aquel príncipe de la paz celebrado por Isaías (9,6), levantando su robusto brazo para sacar de la esclavitud a su pueblo y hacer que pueda servir a Dios en santidad y justicia todos los días de su vida. Fija después su mirada en aquel niño, que ha de ser llamado profeta del Allísimo, y vaticina que irá delante del Señor a preparar sus caminos para dar a los que reciban su mensaje la ciencia de la salud con el perdón de los pecados y para iluminar a los que yacen en las tinieblas y sombra de muer-

¹ La traducción castellana de los textos de la Escritura la tomamos de *Sagrada Biblia*, versión de BOVER-CANTERA, a excepción de la de los textos de los Evangelios, que es de nuestra reciente obra: *Los Cuatro Evangelios de N. S. J., traducidos directamente del texto original griego y anotados*.

² Según el Antiguo Testamento, el Mesías predicará y ofrecerá la paz a sus seguidores, Ps 84, 9; será llamado "el príncipe de la paz", Is 9, 6, y "la misma paz", Mich 7, 5; la obra y fruto de la justicia predicada por él será la paz, Is 32, 17; 52, 7; su pasión y muerte será el precio que pague por nuestra paz, Is 53, 5; Ps 21, 26-32; en su reino la justicia y la paz se unirán en estrecho abrazo, Ps 84, 11, y serán fuentes de prosperidad aun material, Ps 71, 16; Is 60, 18; la paz será permanente, Ps 71, 7; Is 9, 7; 32, 17, 18; imperturbable, Is 26, 3; universal, Ps 71, 11, 17; Is 57, 19; abundantísima, en la que se resumirán todos los bienes mesiánicos, Is 66, 12s.; certísima, Is 54, 10, y bella, Is 32, 18. La paz mesiánica hará a todos hermanos, Is 11, 6, 7, y los que la anuncien y propaguen serán dichosos Is 52, 7.

te, dirigiendo así sus pasos por la senda de la verdadera paz. Lc I, 67-79³.

En este precioso cántico del padre del Bautista se perfila ya claramente la naturaleza de la paz, que Jesucristo traía a la tierra: *paz espiritual*, que se basaba en nuestra redención, por la que éramos libertados del tiránico poder de nuestros enemigos⁴; *paz universal* para todos los pueblos sin distinción⁵; *paz interna*, que había de arrancar en el fondo del alma la raíz de todas las inquietudes humanas, que es el pecado⁶; paz que tiene su origen en *la infinita misericordia de Dios*, que hizo aparecer en el cielo aquel luminoso faro, que iluminando a la Humanidad entera, la sacaría de las tinieblas de muerte y la abriría el camino del cielo, del que andaba descarriada⁷.

II

Esta misma paz anunciaron los ángeles en el nacimiento de Cristo, con aquellas palabras, que fueron el primer saludo

³ Cuál sea esta senda lo explica de la siguiente manera Toledo: "*Via pacis est, per quam consequimur veram pacem, quae cum Deo est, solutis inimicitiiis peccati, et consequimur aeternam requiem, mortis vinculis ruptis et inimicorum impugnationibus ablatiis. Utamque pacem nobis Christus exhibuit, in praesenti per gratiam, in futuro per gloriam*". *Comment. in Sacros. Iesu Christi Evang. secundum Lucam*. Venetiis, 1601, p. 153. En este magnífico comentario, que por desgracia dejó sin terminar (sólo comentó los doce primeros capítulos), puede verse una exposición profunda, sólida y erudita del cántico de Zacarías, así como del *Magnificat*.

⁴ Vv. 68-71. "Bendito sea el Señor, Dios de Israel porque ha visitado a su pueblo, y obrado su redención, e hizo surgir un salvador poderoso en la casa de David, su siervo, como lo había prometido por la boca de sus profetas desde los tiempos antiguos,

para salvarnos de nuestros enemigos y del poder de todos los que nos odian."

⁵ V. 79. "Iluminará a los que están sentados en las tinieblas y sombra de muerte,

para dirigir nuestros pasos en el camino de la paz."

⁶ Vv. 75 y 77. ... "le sirvamos sin temor en santidad y justicia en su acatamiento toda nuestra vida.

Para dar a su pueblo el conocimiento de su salud en la remisión de los pecados."

⁷ V. 78. "Gracias a las entrañas misericordiosas de nuestro Dios por las que nos ha visitado la luz que viene de lo alto."

crisiano a toda la humanidad, "praeconium vocis angelicae", como dice San Agustín⁸:

*Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz entre los hombres objeto de la divina benevolencia.* Lc 2,14.

Himno breve y consolador, que resume la doctrina que sobre la paz de Cristo encontramos en los autores del Nuevo Testamento. Siendo por otra parte un cántico, que tan frecuentemente y con tanto consuelo oímos resonar en las bóvedas de nuestras iglesias, justo es nos detengamos unos momentos a gustar su incomparable contenido y belleza⁹.

El himno está formado por un dístico, en cuyos dos hemistiquios o miembros se advierte a primera vista cierto paralelismo antitético, lleno de bellísima armonía. A Dios en el primer miembro, se oponen los hombres en el segundo; a los cielos, la tierra; a la gloria, la paz¹⁰.

⁸ Serm. 2 in Nat. D.: ML 38, 998.

⁹ Afirmaba nuestro insigne comentarista Maldonado que este himno ofrecía al intérprete no pocas dificultades: "Brevis licet sit Angelorum Hymnus, nullas tamen habet difficultates". *Comment. in quatuor Evangelistas*, t. II, p. 94, Moguntiae, 1874. Es verdad, pero sobre la mayor parte de ellas se ha hecho desde entonces alguna mayor luz, gracias a los adelantos de la crítica textual, de la filología y de la exégesis. En la Revista "Verbum Domini" (1938, p. 355s) puede verse una síntesis de los más recientes trabajos sobre el himno angélico. Véase también: KITTEL, G., *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Stuttgart, 1932s. Vol. II en la palabra εὐδοξία

¹⁰ Algunos PP. griegos a partir del siglo IV leían εὐδοξία en vez de εὐδοξίας, y dividían el himno en tres hemistiquios de la siguiente manera:

Δόξα ἐν ὑψίστοις θεῷ
καὶ ἐπὶ γῆς εἰρήνη

Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz

ἐν ἀνθρώποις εὐδοξία

a los hombres benevolencia (divina).

Pero la crítica textual ha probado suficientemente que debe preferirse la lección εὐδοξίας que se encuentra en los dos códices más antiguos SB, así como en ADW, en Orígenes y en las versiones latinas, en la siríaca y la gótica. Es, pues, sin duda, la lección más antigua, que fué corregida más tarde en Oriente y reemplazada por la otra más fácil, probablemente bajo el influjo del himno litúrgico llamado Εὐθὺς o matutino, del que tiene origen nuestro *Gloria in excelsis Deo*. (Cf. FUNK, *Const. Apost.* 454. 517 y CHANOSR.: MG 62, 321s.). Esta es la lectura que prefieren los modernos críticos Tischendorf, R. F. Weimouth, B. Weiss, F. Blass, H. von Soden, A. Merk, Bover y los más acreditados comentaristas desde Maldonado, como Knabenoauer, M. Sales, Lagrange, Th. Zahn, E. Klostermann, F. Hauck, Simón-Dorado, etc. Es, por otra parte, claro que el himno hubo de ser cantado por los ángeles en lengua aramea, o tal vez hebrea. Ahora bien; restituido a la lengua hebrea, tenemos un dis-

El sentido del primer miembro no ofrece dificultad. Notemos ante todo que las palabras de los ángeles no expresan una exclamación de augurio o deseo, de manera que hayan de traducirse: "Sea gloria a Dios" (ἐστω ο αἰη), sino más bien el anuncio de un suceso que entonces se realiza (ἔστί): el nacimiento de Cristo es efectivamente causa de gloria para Dios y de paz para los hombres.

Advirtamos además que la palabra o expresión ἐν ὀψίστοις "en las alturas", no se refiere directamente a Dios, que está en las alturas, como algunos interpretan, sino a los cielos, como aparece claro por la oposición entre los dos miembros: en las alturas, gloria; en la tierra, paz; como si dijera: en la habitación de los bienaventurados espíritus resuena hoy un himno de gloria y todos los habitantes del cielo se regocujan y glorifican a Dios con cánticos de acción de gracias, mientras que a los habitantes de la tierra, los hombres, se les ofrece la paz.

La encarnación y nacimiento de Cristo dieron efectivamente a Dios una gloria externa, que no se puede concebir mayor, ya que cada acto de adoración, de alabanza, de amor, de obediencia de Cristo, es de un valor y precio infinito por la dignidad de su persona.

Esta contraposición entre ambos hemistiquios sugiere ya la idea de que la paz que Jesucristo trae a los hombres es el abrazo de reconciliación entre el cielo y la tierra, entre Dios y el género humano, representado en aquel Niño recién na-

tico de paralelismo antitético de marcado color semítico, en el que sólo es posible distinguir dos miembros:

*Cabod bamme'mim lehelotim;
wejot-herest chalom lehaneche-ratson.*

De la misma manera, en la versión siro-palestinese, que nos ofrece el texto arameo, sólo es posible distinguir dos miembros. (Cf. P. DE LAGARDE, *Bibliotheca syriaca*, p. 331.)

Añádase a esto que admitida la división trimembre, no es fácil ver la distinción entre el segundo y tercer miembro, y que en dicho caso el tercer miembro debiera enlazarse con el anterior con la partícula *wa*, como efectivamente lo unen las versiones siro-sinaítica, la pesita y la boairisa contra todas las demás versiones y CG del texto original. Finalmente, la distribución de los conceptos en tres miembros es irregular, mientras que en dos ofrece un perfecto paralelismo. Las razones que en favor de la lección *eddozta* pudieran traerse las resume en su *Vida de Cristo* el P. Andrés Fernández, p. 35, quien sostiene aún dicha lectura y consiguientemente la división del himno en tres hemistiquios.

cido, el segundo Adán, que venía a reparar los daños que nos causara el primero con su pecado¹¹.

A esta reconciliación se refiere San Pablo cuando escribe a los Colosenses (1,20) que Cristo reconcilió todas las cosas con Dios, *así las que están sobre la tierra, como las que hay en los cielos*, y a los Efesios, que Dios se propuso recapitular todas las cosas en Cristo, *las de los cielos y las de la tierra* (1,10).

Y, efectivamente, la reconciliación del hombre con Dios nos la describen los escritores del Nuevo Testamento con los más ricos detalles, como el primero y más excelente fruto de la venida de Cristo al mundo. Después del pecado de Adán, todos los hombres *éramos hijos de ira* (Eph 2,3), estábamos alejados de Dios, de quien éramos enemigos (Col 1,21); todos, gentiles y judíos, vivían anegados en un mar de pecados, y consiguientemente eran esclavos de Satanás¹².

Cristo, con su pasión y muerte, ofreció al eterno Padre, como precio para librarnos de esta esclavitud, su preciosa sangre¹³, y se interpuso como mediador entre el cielo y la tierra¹⁴, mereciéndonos así la reconciliación y la paz y sien-

¹¹ La muchedumbre que el día de Ramos recibió triunfalmente a Jesucristo parecía aludir también a esta reconciliación del cielo con la tierra, cuando exclamaba: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor! *Paz en el cielo y gloria en las supremas alturas!*" (Lc 19, 38).

¹² San Pablo, en la carta a los Romanos, co. 1.º y 2.º, nos hace una impresionante descripción de la corrupción de costumbres en que vivía no sólo el pueblo gentil, sino también el israelita. Y en la carta a los efesios (2, 1-3) escribe: "Y a vosotros (los gentiles), que estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los cuales un tiempo caminasteis conforme a la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potencia del aire, el espíritu que ejerce ahora su acción en los hijos de la rebeldía, entre los cuales también nosotros (los judíos) todos nos hallamos en otro tiempo, en manos de las concupiscencias de nuestra carne..."

¹³ Io 1, 29. "He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Io 3, 16. "Dios ha amado al mundo tanto, que dió a su unigénito Hijo, con el fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna". Io 12, 32. 33. "Y yo, una vez levantado de la tierra, atraeré a mí a todos". Esto lo dijo refiriéndose a la muerte de que había de morir. Eph 1, 7 "en el cual (en Cristo) tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según la riqueza de su gracia". Col. 1, 20 "Por medio de él reconciliar todas las cosas consigo, haciendo las paces mediante la sangre de su cruz, por medio de él, así las que están sobre la tierra, como las que hay en los cielos".

¹⁴ Gal 3, 19. 20 "Promulgada (¡a promesa) por ministerio de ángeles por intervención de un mediador. Ahora bien: el mediador no lo es de uno sólo, y Dios es uno sólo". I Tim 2. 5 "Uno es Dios, uno también el mediador de Dios y de los hombres; un hombre, Cristo Jesús". Hebr 8, 6 "Ahora posee un ministerio sagrado tanto más excelente, por cuanto es mediador de una alianza también mejor, como que ha sido establecida

do realmente, como dice San Pablo, *nuestra paz* (Eph 2,14) ¹⁵, matando y destruyendo en la cruz, como dice en otro sitio el mismo Apóstol ¹⁶, la enemistad que había entre Dios y el hombre y borrando con su sangre aquel decreto de condenación escrito contra nosotros por el pecado de Adán, despojando así a los poderes infernales del imperio que ejercían sobre la Humanidad, triunfando de ellos precisamente por medio del instrumento con el que parecía haber sido vencido: por la cruz.

Más aún; nos acercó e introdujo de tal manera al Padre, que gracias a su mediación podemos acudir a él con la confianza de hijos, seguros de su amor y benevolencia ¹⁷.

Fruto de esta reconciliación es la paz anunciada por los ángeles, aquel conjunto de bienes tantas veces y de tantas maneras vaticinado en el Antiguo Testamento, y que los israelitas pedían diariamente en sus oraciones litúrgicas y privadas ¹⁸.

a base de promesas mejores". Hebr 9, 15 "Por eso es mediador de un Nuevo Testamento, a fin de que habiendo intervenido muerte para rescate de las transgresiones ocurridas durante la primera alianza, recibamos los que han sido llamados la promesa de la herencia eterna". Hebr 2, 24 "(os habéis allegado) al mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la sangre de la aspersión, que habla mejor que la de Abel".

¹⁵ El mismo pensamiento encierran los textos que siguen: Rom 3, 10. 11 "Si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, seremos salvos en su vida. Y no sólo esto, sino que aún nos gozamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora obtuvimos la reconciliación" 2 Cor 5, 18. 19 "Todo procede de Dios, quien nos reconcilió consigo por mediación de Cristo y a nosotros nos dió el ministerio de la reconciliación, como que Dios en Cristo estaba reconciliando el mundo consigo, no tomándose a cuenta sus delitos". Eph 2, 16 "Y reconciliar a entrambos en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz, matando en ella la enemistad". Véase más arriba Col 1, 20. 22.

¹⁶ Col 2, 14. 15 "Cancelando el acta escrita contra nosotros con sus prescripciones, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz; habiendo despojado a los principados y a las potestades los exhibió a la vista del mundo con osada gallardía, triunfando de ellos por la cruz".

¹⁷ Rom 5, 2 "Por quien hemos obtenido con la fe el acceso también a esta gracia, en la cual nos mantenemos". Eph 2, 18 "Pues por él tenemos abierta entrada entrambos en un mismo Espíritu al Padre". Rom 8, 15 "Porque no recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor; antes recibisteis Espíritu de filiación adoptiva, con el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre!"

¹⁸ Efectivamente, la bendición 18ª del "Semoneh esreh" decía así, según la recensión palestínense: "Pone pacem super Israel populum tuum et super civitatem tuam et super possessionem tuam et benedice nos, omnes nos simul". Cf. VerDom (1929) 251.

Mas, ¿a quiénes auguraban los ángeles esta paz? ἀνθρώποις εὐδοκίας *hominibus bonae voluntatis*¹⁹. Para contestar a esta pregunta hemos de averiguar ante todo el significado del término griego εὐδοκία.

Esta palabra no se encuentra en los autores clásicos. Aparece en la traducción griega de la Sagrada Escritura, llamada de los Setenta, sobre todo en el libro de los Salmos y en el Eclesiástico; seis veces en S. Pablo (Rom 10,1; Eph 5,9; Phil 1,15; 2,13; 2Thes 1,11) y tres en los Evangelios sinópticos (Mt 11,26; Lc 2,14; 10,21). En la versión de los Setenta responde a la palabra hebrea *ratson*, "beneplácito". Etimológicamente, del verbo εὐδοκεῖν significaría "todo aquello que agrada". De un examen minucioso de los pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, en que se encuentra dicha palabra, se deduce que generalmente se refiere a la benevolencia divina para con los hombres²⁰. Más aún: las pocas veces que en el Antiguo Testamento se refiere a los hombres, no significa directamente alguna buena cualidad o disposición interna del hombre, sino más bien la complacencia divina que de esa disposición del hombre se deriva²¹. Por eso el P. Zorell, en su *Lex graec.*, destaca con razón como principal significado de esta palabra el siguiente: "Dei in homines benevolentia, maxime manifestata per opus redemptionis". Y a propósito de nuestro texto, interpreta primero la lectura de los PP. griegos ἐν ἀνθρώποις εὐδοκία "in hominibus sit beneplacitum, i. e. homines hucusque reprobri Deo accepti fiant". Y añade: sed ceteri (CC) habent ἐν α. εὐδοκίας (gen. qual.), in hominibus beneplaciti, seu benevolentiae divinae, i. e. quibus Deus bene vult, quibus irasci nescit". Y. G. Bonaccorsi, en su benemérita obra: *Primi saggi di Filologia Neotestamentaria*, vol. II, p. 178s., concluye: "El significado "a los hombres, objeto de la divina benevolencia", responde ante todo al παντί τῷ λαῷ del v. 10, y está en armonía con el significado más característico de εὐδοκία en el lenguaje bíblico"²².

¹⁹ No nos parece aceptable la interpretación de Jansenio de Gante, Salmerón y Toledo, quienes, siguiendo a algunos PP. griegos, unen la palabra εὐδοκίας con εἰρήνη, dando este sentido: "la paz, que procede, no de nuestros merecimientos, sino exclusivamente de la benevolencia divina".

²⁰ Este examen lo hace, entre otros, el P. U. Holzmeister, S. J., en la Revista *VerDom* 18 (1938), 356s. Pueden verse también: J. Jeremias, en su artículo Ἀνθρώποις εὐδοκίας, en "Z. f. neut. Wiss." 28 (1929) 13-20, y Streik en "Theologisches Wörterbuch z. neut. Test.". Vol. II en la palabra εὐδοκία.

²¹ Cf. Ps 18, 15; Eccli 1, 18. 27; I Par 16, 10.

²² Ya en su tiempo Jansenio de Gante escribía: "εὐδοκία nunquam

Finalmente, éste es el sentido que los PP. griegos dieron a esta palabra, y por eso la mayoría de los autores modernos siguen esta interpretación, que ya Maldonado defendió con muy buenas razones²³. Según esto, en el caso que nos ocupa, *eúdoxías* es un genitivo de cualidad, como observa Zorell, no en sentido activo, cuya significación sería que los hombres son el sujeto que posee dicha cualidad, sino más bien en sentido pasivo, en cuanto los hombres son el objeto o término de la benevolencia y amor de Dios. En este sentido usa la palabra S. Pablo en Eph 1,5, cuando dice "predestinándonos a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad κατὰ τὴν εὐδοκίαν τοῦ θελήματος αὐτοῦ y poco después (1,9): "notificándonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito κατὰ τὴν εὐδοκίαν αὐτοῦ, que se propuso en él". Y en la carta a los Filipenses (2,13) dice: "porque Dios es el que obra en vosotros así el querer como el obrar, en virtud de su beneplácito ὅπερ τῆς εὐδοκίας es decir, por su benevolencia y amor hacia nosotros".

Los PP. y autores latinos, siguiendo el significado obvio de la traducción de la Vulgata, explicaron generalmente, aunque no todos de la misma manera, la expresión *bonae voluntatis* de una cualidad o buena disposición del hombre²⁴.

tribultur homini relate ad Deum". (*Comm. in harmon.*, 47). Lo mismo afirman a Lápide, Knabenbauer y otros.

²³ He aquí algunos de los principales autores que siguen esta interpretación: Cord., Mald., Menoquio, Salm., Tol., Jans., Lap., Luc., Sa., Estio, Belarmino, Mariana, Ipr., Tirino, Lamy, Schegg, Bisp., Reischl, Krab, Grimm, Schanz Fil., Ricciotti, Bove.-Cantera, Simón-Dorado, Osty, etcétera. Véase la luminosa explicación de Toledo:

"Pax autem est hominibus bonae voluntatis, id est, ex Dei beneplacito ac gratuita eius voluntate, non ex eorum meritis, quod ad laudem, et commendationem maximam Dei pertinet, qui pro suo beneplacito, et bona ac gratuita eius voluntate, non ex reconciliavit, et ex inimicis, et servis filisque irae, amicos, filios et Regni heredes fecit per Christum. Nec hac sola pace contentus, duos etiam opulos divisos et distinctos Iudaeorum et Gentium, copulavit in unum et quae eos dividebat evertit. Hufus utriusque pacis meminit Paulus Ephes 2". *In sacros. Lucae Evang. Comment.*, p. 173.

²⁴ La misma expresión latina *bonae voluntatis*, puede en absoluto entenderse de la buena voluntad y benevolencia de Dios para con los hombres, y en este sentido parece han de explicarse algunas frases de los PP. latinos. (Cf. KNAB., *Comm. in Lc.*, p. 127.) Algunos autores modernos, como van Kasteren, en *Revue bibli.* 3 (1894) 59-61; Lagrange, P. Dausch, L. Marchal, B. Weiss, Th. Zahn sostienen aún la interpretación de los PP. latinos. El P. Prat, en su "Jésus Christ", I, 89s. trata de conciliar las dos interpretaciones. Ciertamente, por lo general, los PP. latinos y los autores que les han seguido hacen notar que la buena voluntad o disposición del hombre se debe al influjo gratuito de la divina gracia, y por lo tanto a la benevolencia de Dios.

Supuesta la interpretación de los PP. griegos, que nos parece la más fundada, ocurre aún otra cuestión no menos importante. Esa benevolencia divina, en concreto, ¿a qué hombres se refiere?, ¿es universal o es parcial? De otra manera, en términos teológicos: ¿Se trata aquí de la voluntad de Dios universal de simple benevolencia, antecedente a la previsión de la libre cooperación del hombre, por la que quiere la salvación de todos?, ¿o se trata de la voluntad consecuente, o del amor de beneplácito, por la que quiere la salvación de aquellos hombres, que ve han de cooperar libremente a su llamamiento? El P. Maldonado la entiende, al menos directamente, de la benevolencia que Dios muestra en concreto a los predestinados, en cuanto de hecho la paz mesiánica y la redención sólo han de aprovechar a los predestinados que quisieron recibirla²⁵. Esta interpretación tendría la ventaja de conciliar entre sí de algún modo el pensamiento de los Padres griegos y latinos, ya que en este caso los hombres objeto de la divina benevolencia serían los mismos que por sus buenas disposiciones o por responder a la divina gracia son agradables a Dios.

Pero nos parece que no hay razón para restringir a los predestinados el sentido literal directo de la palabra *eúdoxia* en este lugar. La paz, como la redención, se ofrece a todos los hombres, y efectivamente, los pasajes, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que anuncian o celebran la paz mesiánica, la describen como un bien que se ofrece indistintamente a todos los hombres, incluso a los pecadores. Baste recordar algunas palabras del mismo Cristo que hacen a este propósito: "no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos" (Lc 5,31); "el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19,10)²⁶.

Con la claridad y profundidad que suele expone a este propósito su pensamiento el Cardenal Toledo:

²⁵ "Quibus verbis praedestinati designantur, non quod non omnibus hominibus Christus pacem attulerit, cum dicat D. Paulus pacificasse omnia, sive quae in terris, sive quae in coelo sunt (Col 1, 20), et se dedisse redemptionem pro omnibus (1 Tim 2, 5), et pro omnibus mortuum esse (2 Cor 5, 14), sed quod eius pax atque redemptio non omnibus, sed solum praedestinatis, qui eam recipere voluerunt, profutura esset, quia quos praedestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit, hos et iustificavit (Rom 8, 30). Loc. cit.

²⁶ Véanse también: Lc 1, 74-79; Mt 9, 12; 10, 3, 16; 26, 28; Rom 4, 25 5, 15, 18; Eph 2, 14s.; Tit 2, 14; 1 Tim 1, 12-16. Y en el A. T. Is 9 7; 46, 12; 53, 4-6; 61, 2s.; Jer 29, 11; 31, 31-34; Mich 5, 5; Os 1, 10 (2, 1), etc.

"Pax haec est hominibus ex Dei beneplacito, et gratuita eius voluntate, sive hominibus, quos bona voluntate Deus est prosecutus, et quos amavit ac dilexit. De qua bona voluntate dicitur Ephs. I: ut notum faceret nobis sacramentum voluntatis suae secundum beneplacitum eius, quod proposuit in eo. Quod enim bona sua, et gratuita voluntate Deus facere disposuit, nempe salvare mundum, hoc per Christum filium suum implevit: non ergo ille genitivus restringit, quasi non omnibus hominibus pax haec impertiatur, sed declarat pacem omnibus offerri, et effici, quantum est ex parte Dei non ex ipsorum meritis, sed ex spontanea et gratuita illius voluntate." (*In sacros. Lucae Evang. Comm. Ann XXI.*)

Los ángeles, por lo tanto, en nombre de Dios en aquel solemnísimos momento proclamaron y anunciaron la salud y paz universal para todos los hombres, sin distinción²⁷.

De esta paz se sintió inundada el alma de aquel justo Simeón, quien tomando en sus brazos al Niño Jesús bendijo a Dios porque sus ojos habían podido ver al Salvador de todos los pueblos, *luz para iluminar a los gentiles y gloria de Israel, tu pueblo* (Lc 2,25-35).

III

De esta reconciliación del género humano con Dios brota naturalmente la paz y tranquilidad interna del alma, que no es posible cuando el hombre vive sujeto al pecado y a las concupiscencias. El pecado rompe necesariamente la armonía y el orden que deben reinar en las facultades y potencias del hombre, subleva la parte animal contra la espiritual, al hombre exterior, como dice S. Pablo, contra el interior, a la concupiscencia y al amor propio contra la razón y a la razón contra Dios. En este estado, cuando las pasiones se agitan tumultuosas y llegan a dominar al hombre, el alma gime cautiva, sin encontrar descanso aun en medio de las mayores satisfacciones y regalos del mundo. ¿Quién no conoce aquella impresionante descripción que nos hace S. Pablo en su carta a los Romanos, de la lucha interna y sorda que él mismo experimentó antes de su conversión entre la carne y el espíritu, en la que la parte más noble era irremisiblemente vencida y subyugada por la más baja y despreciable? (Rom 7, 7-23).

Sólo Cristo pacifica y fortalece nuestro interior con su

²⁷ No queda, pues, excluido en esta interpretación, como aseguran algunos autores (J. Westein, A. Merx, A. Fernández) el universalismo de la redención.

poderosa gracia, comunicándonos una paz tan estable y firme que no la turban ni los trabajos y tribulaciones a que estamos sometidos en este mundo ni la misma muerte. Más aún dice S. Pablo; una vez reconciliados con Dios, "nos gloriamos y regocijamos en las tribulaciones, sabiendo que de la tribulación nace la constancia, la constancia aquilata la virtud y la virtud aquilata nutre y fomenta nuestra esperanza" (Rom 5,3). Y así los Apóstoles y después de ellos innumerables mártires aun de nuestros días "caminaban gozosos de la presencia del tribunal por haber sido hallados dignos de ser afrentados por el nombre de Jesús" (Act 5,41).

Esta es la paz de que Cristo hablaba a los Apóstoles en la última cena: "esto os lo he dicho para que en mí tengáis la paz" (Io 16,33). Os he hablado de la persecución y trabajos que se avecinan para que no os turbéis por todo lo que va a venir, sino que permanezcáis fuertes y constantes unidos conmigo. Tener, pues, paz en Cristo, es vivir estrechamente unidos a él por la fe y por la caridad y no separarse de su lado aun en medio de las más impetuosas tormentas. El mundo os hará sufrir y se opondrá a esta paz, "pero tened confianza", la victoria será vuestra, "yo vencí al mundo" (Io 16,34). Cristo venció al mundo porque nada pudo apartarle de cumplir siempre la voluntad de su Padre, porque con su pasión y muerte destruyó el poder que el demonio y el mundo ejercían sobre el hombre, porque de este modo sacó al hombre de la tiranía y esclavitud y le consiguió gracia tan abundante que pudiera dominar y vencer todos los obstáculos que se opusieran a su salvación. Luego el que permanece unido con Cristo tiene tantas fuerzas que si quiere vencerá, y ni los deleites y bienes mundanos que halagan el corazón del hombre, ni los males que le espantan, ni el demonio que se vale de estas armas para combatirle podrán prevalecer contra el que se mantenga unido a Cristo, si quiere valerse de las fuerzas que se le comunican. Es lo mismo que S. Juan dice en su primera carta (5,3): "Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo".

Cristo luchó contra el poder del infierno y del mundo y lo venció. Nosotros, unidos a Cristo y armados con su mismo poder, le derrotaremos también²³.

De esta paz dice S. Pablo que "supera toda inteligencia humana" (Phil 4,7). Exhorta a los Filipenses a que no se aconsejen por ninguna cosa de este mundo, sino que en todas

²³ Véase sobre este pasaje el precioso comentario de Toledo en *Comment in Evang. S. Ioannis*. Romae. Vol II (1589), p. 176.

sus tribulaciones acudan a Dios por medio de la oración, y el fruto de esta súplica será que "la paz de Dios, la que sobrepasa toda inteligencia (es decir, la que ningún esfuerzo humano puede producir), guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús"²⁹.

Esta paz, que el mundo no puede dar, la dió Cristo a sus discípulos al despedirse de ellos en la última cena: "Os dejo la paz, os doy mi paz: no os la doy yo como la da el mundo" (Io 14,27). Cristo da la paz del espíritu estable, no temporal y mundana como la ofrecen los hombres. Y no la augura, o desea, como los judíos en sus saludos y despedidas, sino que la comunica efectivamente con la misma autoridad y poder divino con que la produce como autor³⁰.

Por eso añade: "no os la doy yo como la da el mundo". El mundo la ofrece con palabras meramente formularias, a veces fingidas: ofrece una paz que no tiene, porque la paz no puede habitar con el pecado, y la busca en los bienes terrenos, que no satisfacen las aspiraciones de nuestro espíritu. Podrá dar una paz superficial, efímera, pero nunca la verdadera paz, que es un don sobrenatural, fruto del Espíritu Santo³¹.

Esta es la paz que Jesucristo mandó predicar a sus Apóstoles³², y por eso llama el Apóstol a la predicación apostólica *evangelium pacis* (Eph 6,15), la que él mismo les ofrecía en sus saludos ordinarios³³, y la que los autores de las cartas neotestamentarias piden para sus destinatarios en sus saludos y despedidas: "gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo"³⁴; y esta misma paz es la que la Iglesia

²⁹ Las palabras del texto original sugieren una imagen muy del gusto de S. Pablo. La paz guardará el alma como un escudo, para que nada pueda irrumpir en ella que rompa la unión en que vive con Cristo.

³⁰ El saludo judío *shalom*, paz, tenía un sentido amplísimo: por él se deseaba al saludado toda clase de bienes y prosperidades y la ausencia de todos los males. (Cf. KIRREL, Op. cit. en la palabra *shalom*).

³¹ Gal 5, 22 "La fructificación del Espíritu es: caridad, gozo, paz..." Rom 8, 6 "La aspiración del Espíritu es vida y paz". Ib. 14, 17 "No es el reino de Dios comida, ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo". Ib. 15, 13 "El Dios de la esperanza os colme de gozo y paz en el creer, para que abundéis más y más en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo".

³² Mt 10, 12. 13 "Al entrar en la casa dirigid vuestro saludo; y si la casa lo merece, que vuestra paz entre en ella; mas si no lo merece, que vuestra paz vuelva a vosotros". Lc 10, 5 "En todas las casas en que entréis, decid al principio: paz a esta casa".

³³ Lc 24, 36 "Se presentó en medio de ellos y les dijo: la paz sea con vosotros". Io 20, 19 "Vino Jesús. se presentó delante de ellos y les dijo: la paz sea con vosotros".

³⁴ Rom 1, 7. Cf. SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J., *Las fórmulas protoco-*

pide en sus oraciones litúrgicas para todos los fieles³⁵. Los que predicán y promueven esta paz entre sus hermanos serán llamados hijos de Dios³⁶, que es el Dios de la paz³⁷, porque imitan y siguen más de cerca a Jesucristo, el Hijo natural de Dios, que vino a traer la paz a los hombres³⁸.

IV

Pero la paz de Cristo no se limita a nuestra reconciliación con Dios y a la tranquilidad interna de nuestro espíritu; incluye también la paz de los pueblos y de los hombres entre sí.

A la venida de Cristo al mundo la Humanidad se hallaba dividida en dos campos, judíos y gentiles, enemigos irreconciliables entre sí por su religión, por sus tradiciones y por sus costumbres. Esta enemistad inveterada tenía su origen en la misma ley mosaica, que imponía al pueblo judío para mejor conservar la pureza de su religión, la separación religiosa y social de los gentiles; pero al decrecer el sentido religioso, esta separación degeneró en un soberbio desprecio y odio implacable a todos los que no fueran de la raza de Israel; a lo cual correspondían los demás pueblos con no menor rencorosa hostilidad y menosprecio³⁹. Por eso S. Pablo

arias en las cartas del Nuevo Testamento, en "Estudios Bíblicos" (1951): 333-355.

³⁵ Cf. A. Pujol, C. M. F., *De salutazione Apostolica* "Gratia vobis et paz", en VerDom (1932) 38-40; 76-82.

³⁶ Mt 5, 9 "Bienaventurados los que procuran la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios".

³⁷ 1 The- 5, 23 "Y el Dios de la paz, él mismo os santifique". 2 The- 3, 16 "Y el Señor de la paz, os conceda...". Hebr 13, 0 "Y el Dios de la paz, el que levantó de entre los muertos en virtud de la sangre de una alianza eterna al gran Pastor de las ovejas, el Señor nuestro Jesús, os dé cabal perfección en todo bien". Phil 4, 9 "Y el Dios de la paz será con vosotros". Rom 15, 33 "Y el Dios de la paz sea con todos vosotros, amén". Ib. 16, 20 "Y el Dios de la paz aplastará en breve a Satanás debajo de vuestros pies". 2 Co 13 11 "Gozaos, trabajad en vuestra perfección, consolaos, tened un mismo sentir, conservad la paz, y el Dios de la caridad y de la paz estará con vosotros".

³⁸ Cf. Io 14, 27; 16, 33; Act 10, 36 "La palabra que envió a los hijos de Israel, anunciando la buena nueva de la paz, por medio de Jesucristo".

³⁹ Posidoneo Apameo escribía: "Iudaei enim soli inter omnes populos commercium vitabant cum aliis populis, et eos omnes ut inimicos considerabant". Y Tácito dice de ellos que tenían "adversus omnes alios hostile odium". Los romanos y los griegos llamaban por eso al judío "animal dissocial", y Filóstrato escribe: "Iudaei non solum romanis, sed universo generi humano adversantur. Homines, qui excogitarunt vitam separatam et qui cum caeteris nec mensam, nec libationes, nec pre-

Hama a esta enemistad muro infranqueable (Eph 2,14), que aislaba totalmente a ambos pueblos. Cristo, con su pasión y muerte, derribó esta muralla, destruyendo sus cimientos, que era la ley antigua con sus ritos y sacrificios figurativos y sustituyéndola por la nueva alianza, en la que se da entrada a todos los pueblos sin distinción de razas y costumbres. La Ley Mosaica, con todos sus preceptos y ceremonias, tenía por fin preparar al género humano para la venida de Cristo, delineando su obra con imágenes y figuras, que no eran más que sombras de la realidad verdadera⁴⁰; pero en llegando Cristo, desaparecieron las sombras, ahuyentadas por la luz, y a las figuras sucedieron las realidades. Judíos y gentiles, anegados en los mismos pecados, son reconciliados con Dios por la sangre de Cristo y quedan unidos y fusionados en una nueva Humanidad bajo el segundo Adán, Cristo Jesús⁴¹.

Al ser de este modo destruída aquella encarnizada enemistad entre judíos y gentiles, quedan unidos todos los hombres en una sociedad como en un solo hombre, "para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, dice S. Pablo (Eph 2,15; Gal 3,28), del que el mismo Cristo es la cabeza y de quien recibe la vida⁴².

Reconciliados así todos con Cristo y unidos en un mismo cuerpo místico, queda sellada la paz que Jesucristo vino a evangelizar al mundo⁴³; paz perfecta que tiene sus raíces en la justicia y santidad, por lo que el Apóstol llama a Cristo "rey de justicia y rey de paz" (Hebr 7,2); paz que junta a

ees nec sacrificia communia habent, illi homines a nobis distant magis quam Suza et Bactra et quam ipsi Indi". Cf. TH. REINACH, *Textes d'auteurs grecs et romains relatifs au Judaisme*. El mismo San Pablo, en 1 Thes 2, 15 refleja este mismo pensamiento cuando dice de ellos: "et omnibus adversantur".

⁴⁰ Gal 3, 24.25 "La ley ha sido pedagogo nuestro con vistas a Cristo, para que por la fe seamos justificados, mas venida la fe, ya no estamos sometidos al pedagogo".

⁴¹ Gal 3, 28 "No hay ya judío, ni gentil; no hay esclavo, ni libre; no hay varón, ni hembra, pues todos vosotros uno sois en Cristo Jesús".

⁴² Eph 1, 22.23 "Todas las cosas rindió debajo de sus pies, y a él le constituyó por encima de todo, cabeza de la Iglesia, la cual es el cuerpo suyo, la plenitud del que recibe de ella su complemento total y universal". Ib. 4, 15 "Crezcamos en todos sentidos para ser como él, que es la cabeza, Cristo". Ib. 5, 23 "El varón es la cabeza de la mujer, como también Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él es salvador". Col 1, 18 "Él es la cabeza del cuerpo, de la Iglesia, como quien es principio, primogénito de entre los muertos; para que en todas las cosas obtenga él la primacía".

⁴³ Eph 2, 17 "Anunció paz a vosotros que estábais lejos y paz a los que estaban cerca".

todos los hombres en fraternal abrazo, reuniéndoles en un solo redil bajo un solo pastor⁴⁴.

Pero no todos aceptarán esta paz. Claramente se lamentó de ello Jesucristo cuando dijo: "No creáis que vine a traer paz sobre la tierra; no vine a traer paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra; y serán enemigos del hombre los de su propia casa" (Mt 10-34-36; Lc 12,51). Cristo y su doctrina serán siempre "signo de contradicción" (Lc 2,34). Habrá, por lo tanto, quienes rechacen y combatan el reinado de paz que Cristo quiere establecer, cuyos ideales de santidad y perfección provocarán discordias aun entre los más allegados.

De esta paz, fundada en la caridad, nace la concordia y unión estrecha que Jesucristo quiere entre los hombres⁴⁵, y que se ve realizada en la Iglesia, en la cual todos estamos unidos con numerosos y fortísimos vínculos: formamos un solo cuerpo, vivificado por el mismo Espíritu Santo; abrigamos la misma esperanza de los mismos bienes que se nos prometen; obedecemos a un mismo Señor y Capitán Jesús; profesamos la misma fe⁴⁶; nos alimentamos con el mismo manjar eucarístico, "puesto que uno es el pan, un cuerpo somos la muchedumbre; pues todos de un solo pan participamos" (1Cor 10,17), y finalmente, adoramos al mismo Dios, que es nuestro padre, que nos ha adoptado por hijos para ser coherederos juntamente con Cristo. Esta unión estrecha pedía Jesús al Padre en la última cena, cuando decía: "Padre santo, guárdalos en la fe de tu nombre, que tú me has dado, para que sean una misma cosa, como nosotros" (Jo 17,11). Y S. Pablo

44 Jo 10, 16 "Tengo otras ovejas que no son de este redil: y es necesario que yo también reúna a éstas, y oírán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor".

45 Mc 9, 49 "Estad en paz unos con otros". Rom 12, 18 "En lo posible, de vuestra parte, mantened la paz con todos los hombres". Ib. 14, 19 "Sigamos lo que fomenta la paz y la edificación de unos con otros". Eph 4, 3 "Mostrándoos sencillos por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz". 1 Thes 5, 13 "Vivid en paz entre vosotros". Hebr 12, 14 "Procurad con empeño la paz con todos y la santidad". 1 Peir 3. II "Desvíese del mal y obre el bien, busque la paz y corra tras ella". 2 Peir 3, 14 "Procurad con empeño, conservándoos inmaculados e intachables, ser hallados en paz".

46 Eph 4, 3-6 "Mostrándoos sencillos por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como también fuisteis llamados con una misma esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, que actúa por medio de todos, que habita en todos".

a los Gálatas (3,28): "no hay ya judío, ni gentil; no hay esclavo, ni libre; no hay varón, ni hembra; pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús". De este modo, como en otro lugar dice el Apóstol (Col 3,15): "la paz de Cristo sea el árbitro de vuestros corazones", es decir, domine y elimine todos los gérmenes de discordia dando la pauta que gobierne todas vuestras acciones. Y por eso S. Pablo y otros escritores del Nuevo Testamento describen a la Iglesia como el reino de la paz⁴⁷.

En Cristo, pues, y sólo en Cristo, se encuentra la paz de los individuos y de las naciones. Porque Cristo es la verdad⁴⁸ y sólo en la verdad encuentra descanso la inteligencia humana. Cristo es la caridad⁴⁹, y en el amor verdadero encuentra sólo descanso nuestro corazón. Cristo es la santidad y la pureza⁵⁰, y sólo en la vida pura y limpia de pecado está la serenidad del alma. Cristo, finalmente, es el poder único que puede mandar con imperio a las tormentas internas y externas que nos agitan y calmarlas, infundiéndonos fortaleza y alegría en medio de los sufrimientos.

El solo puede dar la paz individual y él solo la puede dar a los pueblos y naciones. Por eso un día, cercano ya a su muerte, fijando tristemente su mirada desde las alturas del monte Olivete, en la ciudad de Jerusalén, ciega y sorda a sus milagros y predicación, exclamó, arrasados en lágrimas sus ojos: "¡Ah, si en este día conocieras tú también lo que conviene para tu paz! Pero está oculto ante tus ojos..." (Lc 19, 42-44).

¡Si los que rigen los pueblos conocieran también hoy dónde está la fuente y el origen de la verdadera paz! ¡Pero está oculto a sus ojos y por eso son vanos los esfuerzos que vienen haciendo para que el mundo goce de este inestimable tesoro!

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. I.

Pontificia Universidad de Comillas.

⁴⁷ Este reino de la paz no es otro que *el reino de Dios* o *el reino de los cielos*, que predicó Jesucristo y que después propagaron los Apóstoles. Es, en una palabra, la Iglesia.

⁴⁸ Io 1, 14 "Lleno de gracia y de verdad". Ib. 14, 6 "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

⁴⁹ Io 4, 8-10 "Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que al Hijo suyo unigénito envió Dios al mundo, para que vivamos por él. En esto está el amor: no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados".

⁵⁰ Ap 15, 4 "Sólo tú eres santo" Act 3, 14 "Al santo y justo negásteis".